**JESÚS: VINO NUEVO.**

**NOSOTROS: NUEVOS ODRES PARA LLEVARLO Y SERVIRLO.**

El texto parte de una controversia levantada por algunos que observaban a los discípulos de Juan, y a los discípulos de los fariseos, ayunando; a los de Jesús no. Jesús respondió: -“¿Es que pueden ayunar los amigos del novio, mientras el novio está con ellos?”. Aquí la importancia recae en la conciencia de saber quién es Jesús. Ya no es una promesa. No es el esperado, a quien hay que aguardar con sacrificios y penitencias. Jesús es la fiesta. Es el nuevo comienzo. Exige presencia plena. Él es el centro. Es quien hace nuevas todas las cosas.

Cuando Jesús está presente no hay que dispersarse, sino centrarse para garantizar la transformación del corazón, estando con Él. Recuerda la ocasión en que un hombre, yendo de camino, vio la puesta del sol; quedó tan impresionado con la majestuosidad de esta criatura que decidió desempacar su Biblia para rezar el Salmo 8 y así contemplarlo mejor. Mientras lo hacía, las nubes taparon el paisaje y el sol quedó oculto. Este hombre no supo aprovechar el sol. No supo rezar con el libro de la vida, con la Biblia plasmada no en las páginas impresas, sino en la casa común.

Jesús es el Sol que llega y nos calienta. Con el fuego de su presencia, las leñas encendidas sobran. Exige de nosotros, como bien dice el texto, “un odre nuevo”. Somos esos odres que han de renovarse con el vino nuevo que trae Jesús. Su novedad nos revienta si no hacemos con Él ese cambio necesario de mentalidad, de actitud, de comprensión. Por esto la importancia señalada en el corazón del pasaje: “estar con el novio”. ¡Cuántos sufrimientos nos ahorraríamos aprendiendo a estar con Él! Sin desear lo que ya tenemos ni buscar lo que hemos encontrado.

Luego de la resurrección de Jesús, se comprenden mejor las cosas. Con la luz del Espíritu Santo, el ayuno se entiende como un despojarse sí mismo para llenarse de gracia. Se observan entonces mudanzas galopantes en el sentido del ayuno: ya no por esperarlo, como el caso del Antiguo Testamento; ni por su ausencia, en el contexto de la pasión; sino por abrirle espacio en el corazón, vaciándolo, para que lo llene su presencia, su persona, su santidad.

Virgen de la Altagracia, Madre del buen Jesús: tú que supiste abrirte a la novedad de Dios, tú que tuviste un corazón dócil a sus enseñanzas, a su proyecto, ayúdanos Señora Nuestra a ser odres nuevos. Protégenos de la rigidez mental, de la resistencia a caminar según criterios de Jesús, de la Iglesia. Queremos aprender de tu humildad y de tu mansedumbre. También de la quietud que inspiras, porque cuando está Jesús, nada hay más importante que hacer lo que Él nos diga.

1. ¿Qué me considero ser: odre viejo o nuevo?

2. ¿Cómo recibo la novedad de Jesús en mi día a día?

3. ¿Los ayunos qué sentido tienen para mí? ¿Me ayudan a una seria revisión de vida para estar verdaderamente con Él?

**Hna. Angela Cabrera**